

Mariano Picón - Salas

María Isabel

(De «Las confidencias de Paolo».)



l prima se casaba y yo emprendía un viaje, hechos que separaban definitivamente nuestras vidas. Concluía con nosotros aquella larga dispersión de la familia, que sobrevino a la muerte del abuelo, cuando, quebrantado el firme lazo que los unía, los descendientes se apartaron: se vendió la casa paterna, se amojonaron las tierras, y, arrastrados por su vocación y ambiciones, los nietos se repartieron por el mundo; se fueron a estudiar en las ciudades universitarias o a trabajar en el campo. Sólo en una ocasión grave—un matrimonio o el fallecimiento de un pariente—nos reuníamos en torno de una mesa común para evocar los días de la infancia. Mi tía mostraba el orgullo de sus dos hijas mayores, que habían viajado por Europa y cuya belleza y distinción ornaban la sociedad de una capital de provincia; repartían sus sonrisas de broma o de desdén entre los más encumbrados pretendientes, y por fin parecían decidirse la una por un ingeniero y la otra por un médico, ambos de

gran porvenir y también exóticos. La separación fué fructuosa para los primos que traían títulos y dinero: cuando visitaban nuestra aldea, la escandalizaban con sus trajes y sus costumbres, y ante ellos ¡qué pequeño, qué desmañado y pobre hombre parecía yo, que no había salido del pueblo! Me había quedado allí los mejores años de mi adolescencia, paseando por las orillas del río, leyendo mis poetas favoritos, yendo todas las semanas al correo a buscar las revistas y los libros que se publican en las ciudades lejanas que nunca conocería; sufriendo las penas de un amor arcaico, desesperado, ardoroso de fiebre romántica por la primera bella provincianita con quien hablaba todas las noches media hora en la reja. Allí estaban como objetos de un valor depreciado los versos, los muchos versos y prosas románticas que había compuesto en la angustia y en el silencio de aquellas largas noches de provincia, escribiendo hasta la madrugada; acompañado como por un ritmo familiar por la voz del agua en el patio, los distantes cascabeles de un coche o la frase perdida de una canción que suena a lo lejos...

—¿El porvenir?

—¡Quién piensa en el porvenir!

Y en estas visitas anuales de los tíos y primos al pueblo, casi me sentía cohibido: ellos ostentaban su riqueza y civilización; elogiaban con un puntillo de ironía mis pobres e inocentes versos; me invitaban a verlos en su casa de la capital, ancha, lujosa, bien alumbrada y frecuentada de excelentes relaciones. Allí una muchacha, una de estas muchachas complicadas y sutiles que existen en las ciudades grandes, acaso por capricho, por aventu-

ra—el espíritu de aventura está muy desarrollado en las clases pudientes—tal vez por mis versos, pudiera enamorarse de mí.

Con sus trajes de *sport*, mis primos estaban a punto de convertirse en profesores de energía. Rehuía su sociedad, que me resultaba tan complicada, y con este buen fondo sensible y afectuoso que siempre hubo en mí, placíame evocar los días de la infancia, cuando, a la vera del abuelo, todos éramos igualmente alegres y candorosos: gustábame jugar con los rubios cabellos de las primas y, por deleitarme con sus iras y protestas, robábales, en medio de las asechanzas y las intrigas del escondite, los primeros besos.

¡El abuelo! ¡Quién pensaba ya en el abuelo! De su espíritu regocijado y sencillo, de aquella fuerte salud moral que emanaba fresca y comunicativa como una savia de sus ochenta y tantos años, nada quedaba ya en nosotros. Nos envolvía la morbosa inquietud moderna: cuando estábamos juntos, se hablaba de grandes y audaces negocios; la ambición de los nietos no se detenía. Y yo pensaba nostálgico en los minuciosos escrúpulos, en los días y los trabajos diáfanos, en las gentiles delicadezas, en la cortesía y el comedimiento del noble anciano.

—¡Reminiscencias de poeta que no tienen ningún valor en la conducta y en los negocios de los hombres!

II

Con aquella camaradería de la infancia, que luego se rompe y modifica con la vida, sólo María Isabel y yo habíamos permanecido consecuentes.

A diferencia de sus hermanas, la cultura y la certidumbre de que era admirada y bonita no le robaban la espontaneidad y, como la poseedora de un don inagotable, gustaba de esparcirlo con el aplomo y la sencillez con que la fuente da agua y el rosal da rosas. Cumplía una ley natural, recreándonos con su lozanía y juventud y no la complicaba con el artificio, la afectación y el fingido desdén de otras.

Para mí siempre había sido la prima cordial y alegre con quien jugué en la niñez, y para nuestro afecto y comunicación no habían llegado los días turbios y distanciadores de la adolescencia, ni la fortuna, la posición, los disgustos familiares, impedíanme el abrazo de nuestras almas hermanas. Ella sabía mis secretos y yo sabía los suyos; y así íbamos por la vida, contentos como dos almas que se han de buscar y hallar, aunque el bosque interponga sus tupidas malezas. Los obstáculos, la inquietud de la busca sólo hacían preparar y avivar el goce del encuentro. Y ella tenía orgullo en hacer un sitio entre el ambiente hostil y envanecido de su casa para el primo pobre que no se parecía a los galantes señoritos que cortejaban a Laura o a Beatriz. Con mi traje arrugado y mis maneras y pensamientos que no podían ser los de otros, yo también me sentía orgulloso cuando abandonando los temas y las ceremonias del salón y los pavoneados jovencitos, María Isabel venía a hablar conmigo las cosas nuestras, los problemas, inquietudes y disparates nuestros, que sólo nosotros entendíamos como el oculto y maravilloso lenguaje de una cábala.

Pasaban las cosas usuales y los cotidianos comenta-

rios que interesaban a los otros y permanecíamos indiferentes, aislados y flotantes entre los grupos, absortos en nuestras obras y pensamientos.

No era el amor sino otro sentimiento de atracción y de apoyo que surgía de la semejanza de nuestros espíritus; diríase que nos plasmaba un escultor misterioso y obedecíamos a una simpatía desconocida.

Quizás, con su instinto de mujer, ella esperaba que esto se transformara en amor, en sencillo amor. En todo caso, fué respetuosa de mi timidez, más expresiva que muchas declaraciones: de mi egoísmo, que no se resolvía a romper un hábito y a aparecer de improviso con la máscara del amante, de la fijeza con que yo le miraba los ojos.

III

Pero olvidaba que le imponía una esclavitud y que fatalmente, a pesar del enajenamiento a que la tenía sometida, ella debía realizar su destino. Hay, amigos, fuerzas extrañas que obran aunque queramos detenerlas y se introducen como duendes entre nuestra vida amurallada; es en la hora del sueño o de la inconsciencia, y cuando despertamos, ya nos sentimos cercados. Ante el hecho nuevo, todas las ideas y propósitos viejos se disipan y ya no hay sino aceptarlo con sus sorpresas y accidentes.

La noticia de que María Isabel tenía un novio la recibí en uno de esos momentos de egoísmo y exaltación que vivimos todos los hombres, en que nos sentimos demasiado importantes: confiamos mucho en nuestras

propias fuerzas y quisiéramos, para estar libres y luchar contra el Universo, destruir todos los afectos y apoyos que nos atan. Todo nos parece que estorba o distrae nuestra misión y, con una ira y una prisa de sepultureros, queremos enterrar todo nuestro pasado, todo nuestro presente y quedar libres—como quien puso bajo tierra a sus muertos—ante las fuerzas hostiles y el porvenir que ansiamos doblegar.

María Isabel no me parecía entonces sino un accidente o una sugestión de mi juventud contaminada de romanticismo, y, ocultando mi despecho, quise conocer a su novio; fingí por ella una simpatía indiferente y no me inmuté mientras tomaba mi cerveza...

Hasta fui a visitarla para presentarle mis congratulaciones: procuré encontrarme en la visita con las otras primas; hablamos de cosas de actualidad con el desdén y la calma que se permiten a las personas bien educadas, y ellas debieron pensar que aquel primo desmañado, engendro de poeta romántico y de encogido galán provinciano, se había transformado en un perfecto hombre de mundo. Tanto cuidé el traje y la propiedad de las palabras.

Mis primas ahora me descubrían, y tanto les placía el hallazgo, que me invitaban a sus reuniones: reprochaban mi aislamiento y reían para halagarme cualquier chiste insignificante o cualquier frase ingeniosa, que un forzado ingenio que nunca tuve—un ingenio que me había aparecido de pronto en un bolsillo del vestón—me inspiraba aquella noche.

María Isabel quiso provocar las confidencias, invocar mi consejo; pero con zalamera y envolvente cortesía

rehuí su intimidad y elogíé exageradamente—con una satisfacción y un goce fingidos—su elección.

Menudeé las visitas; y cuando la encontraba en la calle, ninguno la saludaba con mayor comedimiento.

Todavía ella esperó con su dulce paciencia de mujer las palabras sinceras de otros días: me buscó en las fiestas y me llamó a la vera de su novio y me trató allí con mayor confianza que la acostumbrada entre nosotros. Yo prefería hablar con su compañero de las cosas actuales y superficiales que preocupan a los hombres. Medía los minutos para no aparecer demasiado breve o demasiado extenso: después de un rato, tomaba la actitud de quien siente que estorba, y elegía el momento, cuando el jardín quedaba solo y más propicio al diálogo de los amantes, para retirarme. Mi sonrisa era cómplice, mi inmutabilidad estimuladora y parecía decirles: Amense Uds. mucho, diviértanse, que a mí me complace verlos felices.

Ante mi incomprensión o contumacia, María Isabel, que al fin era muchacha y apasionada y joven, no tuvo sino amar a aquel joven cumplido y apasionado, amarlo como aman todas las mujeres—cultas o ignorantes, bellas o feas—; amarlo con los ojos ciegos.

Habían llegado las horas graves de elegir un destino.

IV

Ahora, ante la proximidad del fin de nuestra juventud, de los deberes serios que nos imponía la vida—a ella el matrimonio con la reclusión y el renunciamiento de los matrimonios de provincia: los hijos que van colmando

el tiempo; los nuevos afectos y los nuevos intereses que la aislarían entre el cuidado y el amor de su marido, su despensa y su costurero; a mí el trabajo sin goce en las ciudades lejanas, entre gentes hostiles, la aventura permanente y la esperanza incierta—; sentíamos el dolor, el mudo e invisible dolor de los afectos que se rompen y de las almas que se separan.

Ni valía el disimulo, el frío y medido disimulo en que quise ocultar los sentimientos y la nostalgia delatora.

Fuí a hacerle mi visita de despedida en aquella vieja casa de campo donde ella pasaba una temporada preparando las cosas menudas, bordadas y cuidadosas que constituirían su ajuar de novia; las ropas y los encajes en que las mujeres ponen tanta ilusión y esmero.

La casa guardaba los más dulces recuerdos de nuestra infancia y juventud; no había sufrido la transformación pedante y hostil de las casas de la ciudad y se conservaban el viejo jardín, la huerta, el estanque donde nos bañábamos y la biblioteca en cuyos libros empolvados, en cuyas amarillas revistas de hace treinta años llenas de dibujos anacrónicos, cándidos, extravagantes, leímos los primeros versos.

¿Cómo sustraernos a la voz de las cosas?

En vano ella parecía ensayar en mí sus dotes futuras de perfecta dueña de casa. Fué a recibirme al vasto corredor por donde entraban los jinetes: llamó a un criado para que sujetara mi caballo; había preparado un tocado discreto que no era con el que recibía a las visitas de cumplido, pero no era tampoco la bata suelta y sencilla que usaba en la intimidad.

En el orden y limpieza de todo se notaba la espera del visitante.

Siguió el rato de charla ligera y disimulada en que se habla de la salud de los parientes, de los progresos y transformaciones del pueblo, del tiempo, de las fiestas, y luego—mirándonos los ojos, turbándonos y enrojeciéndonos de pronto como si temiéramos decir lo que nos aflucía a los labios, lo que saltaba en nuestros corazones—el largo silencio turbador e incómodo...

Uno de estos pretextos gentiles de las mujeres, una de estas emboscadas que nos tiende su ligereza y su gracia, iba a devolvernos al movimiento y a replegarnos en nuestras propias almas.

Precisaba romper aquella silenciosa comunicación, aquel mensaje sin palabras, aquel flúido invisible que penetraba nuestros espíritus.

Ella se paró y me invitó a dar un paseo.

Veríamos las nuevas macetas que ahora florecían en el jardín; el nuevo salto de agua que empujaba la maquinaria, el estanque donde nos bañaríamos. Desde la azotea se dominaban el río y las cumbres distantes al pie de las cuales se alongan los caminos, corren los trenes, se apeñuscan las ciudades. Y los caminos pequeños y estrechos que suben y bordean la montaña, los caminos que conducen a la laguna encantada, los caminos que conocen las viejas recolectoras de chamizas, los caminos por donde íbamos a buscar las silvestres y acuosas moras de la montaña. Y el camino que recorren todas las muchachas rústicas a quienes dañó la luna; el camino por donde van las madres campesinas que enferman de sobreparto; la loma donde vive la vieja médica que conjura los ojos y tiene,

entre sus calderos llenos de raíces y resinas, la suerte y el porvenir de todos.

Todos nuestros recuerdos de infancia y juventud que ahora se agolpaban con la visión, hasta cercarnos, hasta ensimismarnos.

Había que librarse y descendimos la escalera.

Llamaban para la comida.

De nuevo en aquel ambiente social, ante la placidez y el orden de la mesa servida, las cosas amables y discretas que deben conversarse cuando se come, recobramos el dominio de nuestras almas. Hablábamos ya de mi viaje y de su matrimonio como de sucesos inmediatos, fatales y naturales. ¿A qué agregar recuerdos y comentarios? Moría el pasado y comenzaba una nueva vida.

No quise quedarme. Les temo a las confidencias en la noche, cuando la naturaleza se oscurece y parecemos quedar más solos y encerrados con nuestras almas. Desprendidos del espectáculo exterior, nos dirigimos hacia lo subjetivo. Había una luna hermosa: me gustan los caminos nocturnos, mandé ensillar y partí.

Con la corrección y gentileza acostumbradas para el visitante que se despide, ella me ofreció una flor.

V

Cuando llegaba a la estación del pueblo para tomar el tren—el tren que interpondría tierras y hombres entre mi pasado y mi porvenir; aquel tren medroso de las grandes resoluciones, me vino con el viento mañanero un conocido repicar de campanas. Eran las campanas claras y alegres con que en el pueblo se anuncian los bautizos y las bodas, los sucesos plácidos que ponen una nota de

gozo y de esperanza en los ceñudos rostros provincianos. Se suspende por un día el rudo trabajo de los hombres: se lucen las ropas nuevas, y algo como una primavera regocijada, caliente y bulliciosa circula por el pueblo. En las ventanas y en las calles la gente se agolpa al paso de la comitiva nupcial. Se ven rostros de personas perdidas de vista durante muchos años, que ahora aparecen remozadas por el sol, por los trajes de gala, por la alegría común. Hombres distanciados por la edad, el carácter, los intereses, las murmuraciones del pueblo, ahora fraternizan ante la música y el vino. Y todo el pueblo vive esa cosa insólita, extraña y distante como los eclipses de sol, que se llama un día de locura.

¡Cómo me turbaba en este momento supremo—cuando ya me sentía desprendido de todo y de todos—la voz de las campanas! Era una atrayente voz familiar que me invitaba a detenerme: allí estaba, entre aquellas montañas azules, mi vida, mi destino; la vida tranquila y el afectuoso y reposado destino de los hombres que fueron mis ascendientes.

Pero no puede uno detenerse en la estación de un tren. La gente lo arrastra: las voces de muchos confunden y apagan nuestro diálogo interior.

Despertándonos de todo sueño y divagación, la locomotora da el último silbido.

Casi como cumpliendo una fatalidad, se salta hacia el andén.

Y allí, entre gentes desconocidas que leen indiferentemente sus diarios, hablan todos los idiomas, pertenecen a todas las razas, empieza uno su marcha por el mundo.